



La confesión de Pedro se sitúa en un momento especial de la vida de Jesús, que podríamos denominar de crisis. Si el primer tiempo del ministerio público de Jesús se caracterizó por la fama que iba adquiriendo, en un momento posterior tiene que afrontar el rechazo de su pueblo. Entonces se dirige a los suyos para preguntarles sobre su propia identidad: ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?... ¿Quién decís vosotros que soy yo? Mateo diferencia entre la respuesta superficial de la gente, llena de falsas expectativas, y la respuesta de Pedro, que resume la fe de la Iglesia: Jesús es el Hijo de Dios. Pedro ha descubierto el tesoro escondido, la perla oculta, el misterio hecho carne, la saciedad de la sed al descubrir que el sentido de la vida se halla en un pozo al que por el camino que marca la ley y su cumplimiento no se llega nunca, la misericordia de un Padre expresada en los múltiples ratos perdidos mirando a través de la ventana por si el hijo, que se había llevado ya su herencia, volvía a casa, la ternura de dejar que los niños (los últimos de los últimos) se acerquen a él, la libertad de quien se acerca a Zaqueo para decirle hoy tengo que alojarme en tu casa, los rodeos de quienes para no manchar su pureza con la sangre del apaleado en el borde del camino no quieren tratar a cualquier otro (con independencia de su origen o nacionalidad) como hermano, ... Pedro en ese momento de lucidez y amor acierta al expresar quién cree él que es.

ELENA GASCÓN
elena@dabar.net